¿Cuál de las tres?

Diego San José

¿Cuál de las tres?

NOVELA INÉDITA

DIEGO SAN JOSÉ

(ILUSTRACIONES DE MELENDRERAS)

I

Nunca o casi nunca responden las leyes de la Naturaleza a las miras particulares e intenciones del hombre; este suele proponerse un límite en sus acciones o en sus caprichos, y llega aquella señora y se deshacen los planes como la sal en el agua.

Así le pasó al señor don Lucas de Acevedo, gentil y constante amador de la carne de falda, que no para otra cosa alguna parecía haber nacido que para ser quitasueños de algunas mozas (fuesen solteras, viudas o casadas como ellas tuvieran gentil estampa), pesadilla de padres, espanto de maridos y sarampión de hermanos.

Mayorazgo de una rica y nobilísima casa, que en el primer extremo cayó tan en desuso como las modas, pero en el segundo creció en prestigio como le sucede al vino con los años, así como feneció su alcurniado padre, se vino él a la corte, no en posta ni en mula de alquiler, sino en el airoso bamboleo de unas faldas.

Entró por el puente segoviano, que era zaguán del Madrid viejo, y desde el punto y hora en que miró desde aquel lugar la mole del Alcázar, la frondosidad de la vega y las *Vistillas* de san Francisco, hizo un cálculo de las mozas de buen rejo que pudiera tener la población, y se apuntó a su cuenta un crecido tanto por ciento.

Se aposentó en una de las mejores posadas de la villa, que le decían *El caballo blanco*, asentada en la Calle del Carmen. Quería habitar no lejos de San Felipe el Real, no por afición devota a este cortesano templo, ni por amistad con los benditos frailes, sino porque sus famosas *gradas* eran la gaceta de la corte.

Bien pronto se hizo a la vida matritense, y así no faltaba al dicho lugar por la mañana, hasta que la campana grande de la torre conventual marcaba la hora de las doce, por la tarde a los coliseos del Príncipe o de la Cruz (cuando las comedias valían la pena, o mejor, cuando no valían para holgarse con las contiendas de *chorizos* y *polacos* con los desmanes de los mosqueteros y con las zalagardas de la *cazuela*). Si hacía buen tiempo bajaba al Prado y de retorno al subir por la Carrera de San Jerónimo solía recalar en la botillería de Canosa.

Nuestro buen don Lucas no tardó, como dicen, en encontrar la horma de su zapato en una linda damisela que conoció en un sarao celebrado en casa de aquel opulento patricio don Pablo de Olavide.

Tan gran señor, que para bien de España vino a la Corte desde su corregimiento de Lima, tenía, en su quinta de Leganés, un remedo del Parnaso, puesto que allí daba culto a todas las musas, y aun él mismo divertía el poco tiempo que le dejaban libres sus menesteres políticos, con escribir los libros de las óperas que se cantaban en su teatro.

Escogido entre lo mejor de Madrid solía ser el auditorio. Próceres, literatos, artistas y como aliciente sobre la música la flor y nata del mujerío aristocrático, pues la señora de la casa, doña Isabel de los Ríos, ya viuda de dos maridos, cuando cayó en el querer de don Pablo sabía tratar muy bien a las amistades que honraban sus salones.

Verdad es que entre la gente rancia de la Corte no era bien querido el prócer limeño, ya que, por su amistad con los enciclopedistas franceses como Voltaire, y los grandes descreídos como *El Abate Marchena*, traía nuevas corrientes a la polilla tradicional de España.

Muy de capa caída iba ya la influencia de la Inquisición, pero no tanta que pudiera tenerse sin cuidado, porque aun en los estertores de su agonía acertaba a dar muy grandes pesadumbres.

Si no quemaba con la insólita frecuencia que, en los siglos anteriores, todavía tenía poder bastante para dar tormentos secretos, y aherrojar a un hombre y a muchos en una mazmorra para todos los días de su vida.

Don Pablo de Olavide y muchos de los que se honraban con su amistad tenían siempre levantado sobre sus cabezas y a punto de caer el anatema del terrible y odioso tribunal, *Exurge domine et judica causan tuan*.

Ni el prestigio ni el talento eran respetados de aquellos bárbaros que por mantener triunfante el nombre de Dios no tenían inconveniente en asesinar al prójimo.

II

Doña Luisa de Aranda, pariente muy próxima del conde, que por entonces regía los destinos de España (siempre en pugna con Floridablanca y Campomanes), fue la palomita propiciatoria que cayó en las crueles garras del galán, siempre ansiosas de carne fresca.

Le oyó la niña cierta tarde cantar un aria de Pasiello y en aquel mismo punto y hora quedó la infeliz incauta presa en la red de tan magnífica voz y tan bizarra figura.

Don Lucas era en todo un verdadero galán de su tiempo, tanto, que no parece otro que aquel don Gonzalo a quien don Tomás de Iriarte retrató de esta suerte en su lindísima comedia *La señorita mimada*:

«Todo el año vivo como un patriarca.
Que haya guerra, que haya paz,
buena cosecha o escasa;
que uno diga que las cosas
van bien y otro rematadas;
que se escriban papelotes,
que se tiren de las barbas;
yo, adelante a divertirme
y lo demás patarata.
Donde hay gente allí estoy yo
clavado como una estaca.
Voy lo mismo a una comedia
que a ver una encorozada.
Que hay ópera nueva, a verla;

un gigante, un avechucho,
un monstruo a tanto la entrada,
volatines, nacimientos,
sombras chinas y otras farsas,
el primerito. En el Prado
mi silla por temporada;
si hay concurso en el café,
allí fijo como el alba;
y finalmente en la Puerta
del Sol, mi esquina arrendada.
¿Las tertulias?... Así, así.
¿Fiestas de campo? Como agua.
¿Academias? Más que hubiera.
¿Comilitonas? ¡No es nada!
Nunca deshago partido.
Que hay juego, tomo las cartas;
que van a bailar minué,
seguidillas, contradanza;
y a poco que me lo rueguen
bailo también la guaracha.
Así vivo, así me huelgo,
y todos a una voz claman:
—¡Si no hay otro don Gonzalo!
¡Qué humor tiene! ¡Es una alhaja!»

No hay para qué decir que hombre tan cabal, estaba de continuo rifado entre el bello sexo, pero él entonces no quiso atenerse sino a doña Luisa. Tan apretado fue el cerco, que de allí a poco la gentil sobrinita de S. E. era tan suya como los encajes de su pechera.

Claro que ello no tuvo placentero efecto sin que el aprovechado don Lucas no jurara que aquello no era más de un anticipo sobre el santo sacramento del matrimonio, que habría de cuajarse allá para la primavera, que es cuando florecen los rosales.

Así de que el truhan se veía solo, se decía a sí mismo:

—Ya te verás tú casada conmigo allá para cuando venga el Antecristo.

Y recordando los escrúpulos mojigatos que tuvo la niña cuando le dio aquello que no tiene vuelta, se reía hasta rendirse y recordaba aquel lindo y desenfadado soneto que los rebuscadores de papeles viejos atribuyen nada menos que a don Francisco de Quevedo.

«¡Señor don Juan, quedito, que me enfado!
¿Besar la mano? ¡Qué entretenimiento!
¡La boca no, don Juan! ¡Qué atrevimiento!
¿Cosquillas? No las hay por ese lado.
¿Me remangas, Juanico? ¿Y el pecado?
¡Qué malos sois los hombres!... Pasos siento...
No; no es nadie. Pues vaya en un momento,
Juanito mío, no entre algún criado.
¡Jesús, qué loca soy! ¡Quién lo diría,

siendo tan recogida y tan cristiana,
que a lance semejante me expondría!
¡Traidor! ¡Déjame! ¡Vete! ¿Aún tienes ganas?
¡Pues cuando tú lo logres otro día!...
Y qué, ¿no has de volver por la mañana?»

III

Y acaeció que una tarde en un aposento del Príncipe, mientras *La Tirana* conmovía al ilustre senado con las patéticas escenas de *La bella pastora y ciudadana en el monte y discreto labrador*, que, para recreo del público y desesperación de Moratín, compuso don Bruno Sola de Zaldívar, doña Luisa de Aranda, llamando a don Lucas de Acevedo al fondo de la reducida estancia, le dijo:

—¡Ay, lo que hemos hecho, bien mío!, que no sé cómo puede quedarme vergüenza para decírtelo.

—Y ¿por qué lo tienes de decir, si yo lo sé muy bien y a ambos nos ha sabido a mieles? —dijo el bellaco, haciendo cinismo del placer pasado a que replicó la damisela, y en todo el tiempo que duró la primera jornada de la comedia prosiguieron ellos su coloquio secreto.

—No es tiempo de chanzas, que mal que nos pese han comenzado las veras.

—Pues, ¿qué es ello?

—Que... ¡Ay, Dios mío! La vergüenza me ata la lengua. Pero a bien que tú no darás lugar a que la deshonra me salga a la cara, porque nos casaremos en seguida, y cuando venga el trance, bien puede creer la gente que es sietemesino.

Si una víbora hubiese clavado su mortal aguijón en la región más carnosa del galán provinciano, no hubiera dado tal respingo. Tan violento fue, que, al levantarse, cayó la silla con gran estrépito...

La cazuela se alborotó y el patio se volvió iracundo hacia el aposento, porque la descomulgada comedia estaba en una de sus escenas más culminantes, y María del Rosario dejaba correr caudalosamente los torrentes de su briosa inspiración.

Doña Zenobia, la oronda tía de la aprendiza de madre, no pudo por menos que volverse hecha unas hieles hacia los causantes del estrépito, y dirigirles sus más acres admoniciones.

Era fuerte cosa que en ninguna parte hubiesen de conducirse con la urbanidad debida. En el templo quitaban la devoción de los que tenían la desgracia de estar junto a ellos; en el paseo atraían la curiosidad ajena por las risas estrepitosas de la niña, y ni aun en el teatro, que es escuela de buenas costumbres, podían ellos menos que dar escándalo con las suyas. Por más que ya sabía ella cómo se cortaban de raíz estas cosas; don Lucas no volvería a acompañarlas a parte alguna; ya eran bastante las dos horas de visita a prima noche.

Y, mostrándose el hombre muy sentido por aquella filípica castada en tono de cuchicheo, se alzó muy digno, y tomando capa, espadín y sombrero, exclamó:

—Señora mía, a los pies de su merced. Yo le juro que no volveré a importunarle con mi enojosa presencia.

Y, tornándose a su martelo, le dijo a tiempo que salía:

—En cuanto a nosotros, no faltará ocasión para vernos.

Y dando un tremendo portazo, con cuyo desagradable ruido volvió a quebrantar la atención del público, salió del coliseo como si los dicterios de doña Zenobia le hubieran herido de muerte la susceptibilidad.

Cuando se halló frente al monasterio de la Visitación, respiró a pulmón lleno, se terció la capa y, embocando por la calle de las Huertas, subió hasta la del Viento y entró en la fonda de San Sebastián, con intención de tomar algo que le refrescara la sangre, porque él creía en Dios y en su ánima que estaba muy sofocado.

IV

A título de curiosidad literaria, sin que ciertamente sea muy necesario para la hilación de estos folios que no aspiran a ser novela, sino pasatiempo, y quita preocupaciones de quien guste de ponerle en sus manos y ante sus ojos, diré algo de la Fonda de San Sebastián y sus habituales tertulianos.

En la vieja calle del Viento, donde ahora se alza el amplio caserón que fue de los condes de Tepa, y haciendo esquina a la plaza del Ángel (en el mismo sitio que ocupa la relojería de Canseco), estaba la memorable *Fonda*.

El dueño del establecimiento era un italiano apellidado Gippini, el cual no tuvo inconveniente en ceder una sala del piso bajo para celebrar sus reuniones a los más significados literatos del reinado de Carlos III.

Sin duda que sus mercedes buscaron tal refugio fuera de las celdas conventuales de los religiosos de calidad, (como a la sazón era uso después de la misa dominguera y al caer de cada tarde), llevados por el paisanaje del propietario del establecimiento con algunos camaradas.

Tales eran el napolitano Pietro Napoli Signorelli, gran amigo de los Moratines, traductor de las comedias del hijo, *La comedia nueva* y *El viejo y la niña*; el veneciano Juan Bautista Conti Ignacio Bernascone, natural de Lugano, y Mariano Pizzi, doctor en Medicina y catedrático de árabe en los Reales Estudios de San Isidro.

De nuestros ingenios eran asiduos concurrentes don Ignacio López de Ayala, humanista notable, catedrático de Poética, censor de los teatros de la Corte, y escritor dramático que dio a la escena varias piezas mediocres (entre otras y con todas las reglas del nuevo arte francés, la tragedia *Numancia destruida*); el pulido y acicalado abate don José de Guevara y Vasconcellos, tan afectado en su pulcra indumentaria y aderezo personal como en sus gustos literarios; era académico de la Historia y de la Lengua, censor perpetuo de la Sociedad Económica Matritense y ministro honorario del Consejo de las Órdenes.

Don Juan Bautista Muñoz y don Francisco Cerda y Rico, eruditos valencianos; el farmacéutico Gómez Ortega, gran epicúreo y hombre de excelente humor.

Todos ellos y algunos más que han pasado indiferentes para la historia de nuestra literatura formaban a manera de coro en torno de Iriarte, los Moratines, Cadalso, Clavijo, García de la Huerta, Forner y Trigueros.

La peña (como ahora se dice) no tenía junta directiva ni más estatuto que uno, el cual mandaba que en las reuniones de aquella docta corporación no debería hablarse sino de literatura, de toros y de mujeres.

Y a buen seguro puede tenerse que en la charla dedicada a los lances amatorios deberían ocupar turno muy preferente los capítulos del coronel Cadalso con la hermosa comedianta María Ignacia Ibáñez y los del audaz Clavijo con la hermana de Beaumarchais, cuyos acaecimientos vinieron a dar tan dentro de lo extraordinario y patético, que florecieron literariamente en un drama de Goethe y en las Noches lúgubres, del propio galán de la comedianta.

Los poemas latinos del docto bibliotecario don Juan de Iriarte, que tuvieron un digno continuador en su sobrino don Tomás, se recitaban allí con extremos de muy gran admiración, regodeándose los sesudos varones en cada hexámetro y poniéndose a punto de caramelo cuando en alguna de aquellas estrofas resucitaba la fama epigramática de Marcial.

Allí fue donde tuvieron principio los vejámenes críticos contra nuestros más gloriosos poetas del siglo de oro, profanación sustentada por el malhumorado don Leandro y el bilioso don Nicolás, con elocuencia digna de mayor empeño, y por las procacidades de Clavijo, que se atrevió a tachar a Fray Luis de León de simple, desatinado y puerco, y a Quevedo, el más grande de nuestros satíricos, le reverenció con los dictados de indecente, obsceno y contrahecho.

Si con las más altas dignidades del Parnaso hispano se producía un furor tan iconoclasta, ¿qué mucho que con un ingenio de la raigambre popular de don Ramón de la Cruz se cerrara a insulto y lodo? Se le negaban hasta los sacramentos, y no faltó quien llegase hasta a pedir la intervención del Estado en el graciosísimo repertorio del afortunado creador de *El Muñuelo*.

Cuando sonaban las oraciones en la parroquia frontera se deshacía la tertulia, yéndose cada cual a la busca de la cena, de su rosario y de sus sábanas blancas.

Al salir de la Fonda se descubrían al pasar junto al atrio de la iglesia en memoria de los fieles difuntos que dormían bajo las losas.

El Tiempo, las enfermedades y la Muerte fueron desbaratando aquella tertulia y otros parroquianos ocuparon ya francamente como aquel piso bajo de la fonda de Gippini (quien años más tarde fundó la inmortal *Fontana de oro*), pero estos parroquianos no fueron ya los Iriartes, los Moratines, los Cadalsos, los Ayalas ni los Huertas, sino los Camellas, los Cladera, los Nifos, los Rabadanes y toda aquella pléyade grotesca que el ilustre y mal acondicionado autor de *El sí de las niñas* retrató magistralmente en *La comedia nueva*, cuya acción supone en aquel mismo lugar.

* * *

Cuando entró nuestro don Lucas en la fonda no halló más que al coronel Cadalso muy caviloso, sentado junto a una de las ventanas. El café que tenía delante ya no humeaba y el platillo con azúcar terciada estaba intacto.

El que llegaba se sentó frente al pensativo militar y durante un buen espacio no se hablaron una palabra.

Al fin preguntó Acevedo:

—¿Cómo está María?

—Mal; me parece que de esta hecha se me va —respondió sombríamente el militar.

—Los médicos siempre ponen a los enfermos peor de lo que están ciertamente, para alzarse luego con el milagro de la salud recobrada —arguyó el galán provinciano por dar algún consuelo a su amigo y después de una breve pausa continuó—: Y yo que venía a pedirte consejo.

El desolado miró de través al camarada y le respondió:

—Cierto que la ocasión no es muy a propósito, porque con esta pesadumbre de mi *Filis* más estoy para que me lleven al *Nuncio* de Toledo que para discurrir con juicio, pero, en fin, habla, que para un amigo tal nunca faltan razones y cuando poco, algo se me distraerá la pena.

Don Lucas refirió la maternal declaración que su novia acababa de hacerle.

Cadalso, obsesionado con su murria, exclamó:

—Un alma que se va y otra que viene. ¡La vida no se acaba nunca! Pero ¿tú no estabas enamorado de doña Luisita?

—Hombre, lo que se llama enamorado hasta el punto de hacer la locura de casarme, no. El matrimonio debe ser el recogimiento del hombre, pero cuando yo esté cansado de correr todos los caminos del mundo.

—Aún me queda a mí mucho por andar y sin embargo quería recogerme al santo amor de mi María Ignacia. ¡Quién fuera capaz de trocar nuestros destinos!...

Acevedo comenzaba a fastidiarse. Cadalso no era el desaprensivo y cínico camarada de otras veces; la enfermedad de su querida, a quien no sospechó querer tanto hasta que no la vio en trance de muerte, le tenía fuera de su elemento natural.

Como si no fuera dueño de su voluntad, se alzó el hombre de su asiento y, tomando su capa, salió de la fonda.

Acevedo echó tras él, y juntos embocaron en la calle de las Huertas y, entrando por la del León y la Plaza de Antón Martín, dieron en la de San Juan, donde vivía, o, por mejor decir, agonizaba el buen amor de Cadalso.

En todo el trayecto no se cruzó palabra entre los dos amigos, que ya tan mustios salieron del establecimiento de Gippini.

Ya en la puerta de la casa, cuando el desenfadado autor de *Los Eruditos a la violeta* ponía el pie en el zaguán, sin acordarse de que iba acompañado, le dijo a Acevedo:

—Luego, ¿no tienes consejo que darme, tú que tan maestro fuiste siempre en estas lides?

Y Cadalso, tendiéndole la diestra, que el otro estrechó fríamente, respondió:

—Si el matrimonio te asusta, huye de Madrid. Y oye una cosa sin que entiendas que pueda ser reproche de mi parte. Solo me pesa el que hayas conocido a esa mujer por mediación mía, gracias a mi amistad con su tío el conde de Aranda.

Y, sin esperar a que el aprovechado doncel se disculpara, se fue escaleras arriba.

* * *

Volvió Acevedo a quedarse solo con su mal pensamiento, y, mientras desandaba el camino, dio por bueno el consejo de Cadalso. Saldría de Madrid.

V

Doña Luisa de Aranda, que esperaba ya hallar la redención de su ligereza en el matrimonio, se quedó *con todo hecho*, como ha dicho un sutilísimo ingenio de nuestros días, gloria de nuestro teatro.

El burlador de la fácil damisela no volvió a dar señales de vida. Desapareció de la tertulia del prócer peruano, y de todo lugar donde pudiera toparse con gente afecta al conde de Aranda. En lo que disponía el viaje, dejó la posada de *El caballo blanco* y se trasladó a otra menos bulliciosa y más retirada que había hacia los *Caños del Peral.*

Cobró ciertas letras que traía contra una casa importante, y al día siguiente de efectuado tan necesarísimo menester, emprendió la huida, llevando la misma asistencia que le había acompañado desde su solar provinciano, el fiel *Sabañón*, secretario, mozo de espuela y ayuda de cámara, todo en una sola persona.

Caballeros el amo en un mediano caballo cuatralbo, que, en sus verdes años, ya un poco distantes, no debió ser mal ejemplar de su raza y el criado en una detestable mula de alquiler, salieron por la puerta de Alcalá muy de mañana.

En Zaragoza tenía don Lucas su patrimonio, y en la hidalga ciudad haría alto para descansar de su fechoría en la corte.

Pignatelli era algo pariente suyo, aunque lejano, y pensaba que en caso de que estallase la justa enemiga de los Aranda, la aproximación al opulento patricio, la contendría en manera notable, y si no había otro remedio, con casarse se purgaba el delito.

También parece que *Sabañón* llevaba sacrificada en la cruz de sus calzones de recio paño de Béjar la honorabilidad de cierta ninfa del Manzanares que era un prodigio jabonando ropa en las verdes orillas del matritense río.

Como buenos trúhanes iban señor y criado haciendo recuento de sus hazañas y tan alborotadamente daban en celebrarlas, que quien los viera reír y no les oyese la conversación, no pensaba otra cosa sino que sacaban a plaza, por holgarse entre sí y hacer más corto el camino, los más picantes ejemplos de la picardía española, pero sin agravio de segunda persona.

Llegando a San Fernando de Jarama, importante suceso que tuvo lugar al filo del mediodía, buscaron un lugar frondoso en aquellas geórgicas riberas y se dispusieron a comer de lo que llevaban prevenido en las bien repletas alforjas y que dicho sea ya de paso no era ni mucho menos para engañar el ayuno.

Sabañón, que era mozo previsor y sabía el buen apetito de que solía gozar su amo, lo había dispuesto bien.

Salieron batiendo marcha unas magníficas tortillas de jamón, como ruedas de carro, que dieran enconada envidia a las famosas y nunca bien ponderadas de los padres de Atocha; un razonable botillo henchido hasta la misma boca del sabroso caldo que se cría en las cepas de Méntrida, estaba al aquel de los atascos gregueriles. Vinieron después unos filetes de vaca tan bien rebozados, que parecían de oro, y como palafreneros que cerraban la comitiva los más sabrosos melocotones que se criaron en los huertos toledanos.

Por colofón de todo, que no consentiría que se los llevase el aire, encendieron dos magníficos tabacos y a las primeras bocanadas se quedaron dormidos.

* * *

Ya iba el rubicundo Febo dorando las empinadas cumbres para pasarse a la otra banda, cuando abrieron los ojos ambos durmientes.

Ensilló el mozo las cabalgaduras, que a todo su talante habían disfrutado de la alegre libertad y de los abundantes pastos que en aquellas frescas orillas se crían, y saltando sobre ellas emprendieron a buen paso la jornada interrumpida.

Querían entrar en Alcalá antes de que la noche cerrase por entero…

Entraron en la ciudad doctora cuando sonaba el toque de oraciones grave y pausadamente en la Magistral.

Dieron en la calle Mayor y se encaminaron a una posada que había cerca de la plaza, cuando cierto hidalgo, después de mirar y remirar por un buen espacio a nuestro viajero, se le llegó con muestras de mucho regocijo exclamando:

—Pero, ¿es su merced el señor don Lucas de Acevedo? Viéndolo estoy y aun lo pongo en duda.

Le miró nuestro hombre y no daba muestras de reconocer a quien tanto parecía alegrarse con su presencia.

Viéndole el otro en tal perplejidad acudió a refrescarle la memoria.

¿No se acordaba de don Román de la Vega, asiduo concurrente a la fonda de San Sebastián, muy amigo de Cadalso, de Iriarte y sobre todo de Nicolás Moratín?

Don Lucas cayó por fin en la cuenta y se disculpó de lo tardo que anduvo en reconocerle.

El bueno de don Román, hombre campechano e indulgente, le ayudó a tranquilizarse. En Madrid veía uno a tanta gente, que no había manera de recordarla a toda.

—Y, ¿a dónde bueno camina su merced por estos rincones? — continuó preguntando Vega—, que a buen seguro que no vendrá a avecindarse en ellos.

Acevedo dijo cómo iba de camino para su tierra y el encontrado, en su afán amistoso y anhelante de tener noticias vividas de la Corte, le dijo:

—Por supuesto, señor don Lucas, que vuesa merced se queda en mi casa.

Protestó don Lucas que de ninguna manera, porque sería engorrosa molestia, que él no quería producir.

Arguyó el otro que antes le daría satisfacción que enfado, ya que tendrían ocasión de recordar los ratos agradables de aquel ameno rincón de la calle del Viento, frente a la lonja de San Sebastián. Por otra parte, las posadas que había en el pueblo eran detestables, buenas para arrieros y trajinantes, que no estaban hechos a refinamientos, pero no para hombres de condición, y aunque su humilde choza —eran las palabras con que don Román pretendía reducir la decisión de don Lucas— no podía decirse que fuese precisamente un palacio, mejor atendido estaría que por las manos mercenarias de la posadera, que era puerca, malhumorada y vieja.

Tanto, en fin, machacó el hombre en su tema hospitalario, que por no desairarle tuvo que aceptar ofrecimiento tan hecho con el corazón.

—Vengan por acá —y poniéndose a la diestra del que ya era su huésped se dispuso a volver sobre sus pasos. Mas no consintió.

aquel le dijo que la distancia era algo larga, pues la casa estaba aparte de la ciudad, se apeó y caminaron juntos.

Sabañón no se creyó en el caso de guardar cortesía alguna, y tomando las bridas del caballo de su amo, sin apearse de su infame mula, siguió tras ellos.

* * *

Don Román de la Vega prestaba su vecindad a la metrópoli del saber, porque, siendo la patria de su nacimiento, tenía en ella una regular hacienda que a fin de atender mejor por aquello que dice el refrán: «Hacienda, tu amo te vea y, si no, que te venda», se pasaba allá algunas temporadas, y siendo como era gran andador solía darse largos paseos a los pueblos circunvecinos.

Satisfecho sinceramente del hospedaje que ofrecía, como aquel inolvidable caballero del verde gabán, del libro más insigne, cuando se topó con el señor Don Quijote de la Mancha, lo hacía de todo corazón, y más que en la villa no solían ser frecuentes las amenas charlas y cortesanos recuerdos.

Llegaron por fin a la casa de don Román.

Era un caserón amplio cuyos cimientos se remontaban sin duda de ninguna especie a los comienzos del siglo XV. Gran portalada, soberbias rejas que hacían labor de orfebre el arte de la fragua, anchuroso zaguán y amplia escalera de barandal encalado.

Un mozo que había arrimado al portón, se adelantó tan pronto como vio aparecer a su amo, y tomando del cabestro las caballerías dio con ellas en la cuadra.

Comenzó a dar voces el hidalgo llamando a Leonarda, Inés y Eugenia; y, como traídas por eco de los nombres, fueron apareciendo por distintos sitios las tres hembras.

* * *

La que por Leonarda atendía era una bizarrísima matrona, que estaba en el pleno otoño de su vida. Era la que acudió al bello nombre de Inés una hermosa mujer que, aunque algo más moza que la primera, no le llevaría muchos años a la zaga, y la que respondió por Eugenia, una rolliza muchacha, flor de la campiña alcarceña y honra de las mozas de cántaro y del río, como aquella que tan bien cantó la musa siempre galante y lozana de Lope de Vega.

Don Román, que era un tanto socarrón y de buen genio, fue presentándolas a su huésped por orden de edad y jerarquía.

—La señora Leonarda, mi hermana, viuda y en estado de merecer, si no tuviera en su carácter más espinas que aromas.

La favorecida dio un respingo y, moviendo pomposamente el ancho mundo de sus amplias caderas, desapareció por la primera puerta que halló a mano.

—La señorita Inés, sobrina mía y de esta aliaga que salió echando espinas. Ya la va llamando la iglesia.

La aludida hizo un gracioso mohín y diciendo:

—El tío siempre tiene ganas de chanza —bajó los ojos y se estuvo queda.

—Eugenia, como dijo Góngora, *La más bella moza de nuestro lugar*, alegre, de aguante para la tarea, aunque algo voluntariosa y amiga de hacer su gusto.

La moza también se quedaba y tuvo que decir su merced que los recién llegados tendrían mucho gusto en saber de las artes culinarias de las tres gracias para que las rezagadas partieran a disponer lo necesario.

Buenísima impresión hicieron en el galán de oficio aquellos tres bizarros ejemplares de mujer, y no pudo por menos que expresarlo así a don Román, el cual en nombre de las elogiadas le dio las gracias, con la misma zumba y gracejo que había hecho la presentación.

VII

El señor don Román de la Vega era hombre de amenísimo trato y sugestiva charla, y así sabía hacer agradables las horas que se pasaban en su compañía, sin que en ningún momento fuera pedante y mucho menos pesado.

Su monomanía era esencialmente literaria; se preciaba de ser amigo de los mejores ingenios que triunfaban en la corte.

Cuando hablaba con los curas, los cirujanos y los hidalgotes de Alcalá, era su mayor orgullo sacar a colación sus amistades parnasianas.

Rememorar lo que se hablaba y se discutía en aquella fonda de San Sebastián, que era una academia constante y un inagotable almacén del ingenio, le ayudaba a sobrellevar la monotonía de la vida campestre, muy sana, muy bella, todo lo que se quiera, pero transcurrida la primera semana, en que la mudanza de ambiente la hacía agradable, por demás aburrida.

Sus camaradas de tertulia no le olvidaban.

Le escribía con frecuencia, y Moratín, siempre que iba de Madrid a Pastrana, y al hacer el regreso, se quedaba con él un par de días, de suerte que espiritualmente Don Román de la Vega no había pasado de la puerta de Alcalá.

Y muchas de acuellas cartas que él guardaba como un preciado tesoro, en una arqueta de sándalo, eran preciosos materiales para formar un epistolario íntimo.

Iriarte le daba razón en magníficas odas de los acontecimientos más notables, y entre las impecables rimas solía deslizar algún concepto que levantaba ronchas en el hablar honesto y pulcro.

Vargas Ponce, Clavijo y Cadalso, le escribían sin rebozo, le enviaban sátiras despiadadas contra todo lo escrito, y cuentos.

Meléndez Valdés (*Batilo* entre los Arcades de Roma), también solía con su virgiliano estro contarle tal cual travesura de la pastora *Basilia* (bajo el pastoril mote se escondía el nombre de una duquesa) con el zagal *Lisandro* (detrás de cuyo apodo se agazapaba un desvergonzado abate, y aun alguna encopetada autoridad de la iglesia).

Luego su merced escogía aquellas epístolas que se pudieran leer sin peligro inquisitorial, y en alta voz hacía regalo de ellas a sus tertulios, regodeándose con que tal gente le escribiera más que si recibiera de las augustas manos del rey un virreinato en Indias.

No faltaba en la tertulia clérigo de misa y olla ni hidalgote rústico y zafio que echaran a mala parte aquellos aires de la corte y dijesen que ya era mucha monserga tanta copla, y que mejor haría el fatuo en atender algo más al gobierno de su conciencia, que no estaría todo lo limpia que era menester cuando tanto hablaba de poetas, cómicas y danzantes, todos ellos buena gente para irse a buen paso camino del infierno, pero no para alabar a Dios.

Otros en cambio le esperaban como agua del cielo en tiempo de sequía y en cuanto le columbraban de lejos ya estaban formando corro y haciéndole sitio para escucharle con más sosiego.

* * *

Cuando llegó la hora de la comida se sentaron en torno de la limpia y bien aderezada mesa puesta en el patio, a la sombra de un tupido emparrado, don Lucas, don Román, doña Leonarda e Inés.

Servían el sólido yantar bien compuesto a usanza de buena casa de Castilla, la moza rolliza y de buen garbo asistida por Sabañón, el espolique.

Don Román se curaba poco de las dos mujeres y así lo más sustancioso de la charla lo empleaba en el convidado.

Y aunque la gentileza de las dos hembras no merecía tenerlas en olvido, eran tales las razones del ameno parlanchín que era fuerza atenderle.

Había venido correo de Madrid, y traía sabrosas y estupendas noticias, que corrieron a cargo de la ampulosa pluma del gran *Flumisbo Termodonciaco* (Don Nicolás Fernández de Moratín en lengua cristiana, aunque vulgar).

—Pero ¿de dónde salís vos que no conocéis tan estupendas novedades? —exclamaba don Román mientras desembuchaba el contenido de la interesante carta que llegó a interesar a las dos mujeres, pues, aunque la señora Leonarda quiso que su sobrina Inés se levantara de la mesa, no lo consintió el tío, porque tenía opinión de que no siendo cosas demasiado crudas no era bien que las mozas entrasen por los caminos del mundo con los ojos vendados.

Era el caso que la cómica María Ignacia Ibáñez, la amante de Cadalso, había muerto, y que el apasionado galán no pudo resistir el golpe con aquella cristiana resignación y serenidad de espíritu con la que suelen acogerse tales desgracias, puesto que son leyes fatales de la vida.

El hombre, taciturno y melancólico, merodeaba día y noche en torno de la iglesia de San Sebastián, en cuya capilla de los cómicos, bajo la advocación de la Virgen de la Novena, fue sepultada su dama.

Al tal no se le había vuelto a ver en la Fonda, en los coliseos ni en parte alguna donde pudiera toparse con amigos y camaradas. Como decía Moratín, era un búho vestido de militar.

Y por fin de tanto retraimiento dio su misantropía en la flor de la más lúgubre extravagancia.

Quiso ver muerta a su querida.

Después de pasarse los días metido en la capilla de los cómicos y las noches rondando como un alma en pena los aledaños del templo, una tarde se avistó con el sepulturero de la parroquia y le propuso el negocio.

El pobre hombre lo rechazó en principio. ¿Su merced sabía a lo que se aventuraban si la profanación fuese descubierta? La cárcel perpetua y acaso la horca. No, imposible, de ninguna manera. La tendría siempre en el pensamiento y en el corazón, pero ya nunca más en este mundo pensara volver a tenerla en sus brazos.

Fuera de esto ya llevaba muchos días difunta y estaría verdadera y horrenda imagen de la Muerte. Aquellos labios que él ansiaba besar como antes, serían hervidero de gusanos, los ojos serían dos horrendas cuencas vacías en donde las larvas de la podredumbre harían sus nidos.

—Su merced —continuaba el enterrador, anhelando apartarle de tan tétrica idea—, como no ha visto a la «descarnada» más que en visita, quiero decir recién llegada a apoderarse de su presa, no tiene idea de lo que es en sus propios estados.

Mas la locura de Cadalso tenía tan hondas raíces agarradas al corazón, y por otra parte eran tan contundentes las razones con que rogaba (dos onzas de oro) y el infeliz archivero de los muertos era tan pobre y tenía tanta prole, que se dejó ganar...

... Y cuando ya el triste *Delio* (que este era el nombre poético de Cadalso) tocaba con sus manos febriles la carroña de la que fue su idolatrada *Filis*, he aquí que llega la justicia, vuelve a enterrar el cuerpo y se lleva a los dos profanadores.

Mucho le valió a nuestro poeta estar en buena amistad con el Conde de Aranda, porque, de no ser así, bien pudiera tener por cierto que hubiese dado en un castillo hasta el fin de sus días. S. E. se había contentado con desterrarle a Salamanca.

No así acaeció con el sepulturero, que como era lo más delgado de la soga, se quebró, y en poco estuvo que no empalmara con la de la horca, pero por mucha compasión no hubo quien le pudiera librar de dar con sus tristes huesos en un presidio.

* * *

Tal fue, en resumen, la carta de don Nicolás Fernández de Moratín que leyó y comentó don Román de la Vega, y aunque la misiva no era lo más a propósito que digamos para amenizar un almuerzo, fue oída y apostillada con notable calor por parte de los comensales.

—Eso es amor y lo demás son garambainas —exclamó don Román—. Bien es verdad que era mucha moza la tal cómica.

—Mas por mucho que fuese, y aun te doy de barato que no valiesen para descalzarla cuantas haya en el mundo que de tal presuman, lo que es en la última hora todas somos lo mismo —arguyó doña Leonarda. Y por vía de apoyo, buscó con los ojos la afirmación del convidado, el cual respondió:

—Verdad, señora.

Y continuó la vistosa matrona, dando un suspiro en el que parecía reconcentrar añoranzas de su tiempo.

—No hay ya hombres que lleven tan adelante el carro de sus pasiones.

Don Román acogió con una chanza la sincera exclamación de su hermana. Se rio por lo bajo Inesica, yendo a pintarse su alegre mohín en el rostro de Acevedo y por vía de reflejo en la rolliza Eugenia y en el apicarado *Sabañón*, que servía la mesa, todo lo cual, revolviéndose de lleno a la negra honrilla de Leonarda, se picó de tal manera que alzándose de la mesa se fue tronando contra todos...

* * *

Obligación muy española, más bien que costumbre, parece el dormir la siesta después de la comida, tanto, que nuestros abuelos ni aun en invierno la perdonaban. No había más sino que en el tiempo frío no se alongaba tanto esta merienda del sueño como en los meses de junio, julio y agosto.

Cumpliendo, pues, con lo instituido, apenas dadas gracias a Dios con la merced que les hizo con el pan de aquel día, se retiraron los dos hidalgos a reposar hasta la hora de las cuatro, en que darían una vuelta por la Virgen del Val y acabarían en compañía de un canónigo de la Magistral y un

catedrático de la Universidad, despachando un suculento gazpacho en un ventorrillo del camino de Meco.

Inesica valió por guía a don Lucas hasta la puerta de la alcoba.

La muchacha era graciosa por extremo, y bien puede decirse que con la luz de sus ojos y el resplandor de su sonrisa alumbraba la corta y deleitosa vía.

Llegado que hubieron a la habitación, se quedó la muchacha en el umbral y diciendo:

—Que usted descanse; si algo le ocurre no tiene más que llamar.

Hizo un gracioso mohín y volvió sobre sus pasos.

* * *

Ciertamente que la amplia y limpísima estancia convidaba al placentero reposo.

Toda ella estaba vestida de blanco, así las fundas de las sillas como las cortinas de la puerta y los balcones y los cobertores de la cama, sobre cuyo ancho campo de plumas podían retozar muy bien dos matrimonios.

Entornadas las maderas, apenas si dejaban entrar en la grata penumbra algún rayo de luz.

De la calle venían muy apagadas las voces de unos chicos que jugaban en tomo de una fuente, el pregón de tal cual vendedora, y el ladrido de unos canes que sin duda resurgían entre sí el coloquio de aquellos camaradas inmortales que hablaron en Valladolid para honra y prez de la novela española.

Dentro de la habitación los zumbidos de unas moscas que danzaban en la sombra, poniendo su porquería en los cromos del hijo pródigo, el hallazgo de Moisés, y en las pulquérrimas cortinas, eran poderosos imanes del sueño...

VIII

Con arreglo al programa trazado de sobremesa por el señor don Román fue el regodeo de la tarde.

Dando las cuatro en el ampuloso reloj de la Magistral despertaron sus mercedes, y después de refrescarse los sentidos con agua del pozo, se echaron a pechos una deliciosa naranjada, y tomando los sombreros se fueron a cumplir su apetitosa misión.

Como si fuese cosa oficial que había de llevarse a cabo punto por punto, se hizo, comenzando por el paseo a la margen del Henares y acabando con el ágape del ventorrillo.

Tan a gusto se hallaba Acevedo, que no se acordaba de la fechoría virginal que hiciera con aquella pariente lejana del conde de Aranda, ni de que iba huido a recogerse en su solar aragonés.

Aun las pedanterías del catedrático y la charla insustancial del canónigo se le antojaron las más amenas parletas que había escuchado en todos los días de su vida.

Con las primeras sombras de la noche volvieron a la ciudad. En la misma plaza Mayor se deshizo la reunión. Don Román y don Lucas, a instancias de este (que era de buena inclinación artística), se fueron hasta la hora de la cena a contemplar la población a la luz de la luna.

Todas las viejas urbes castellanas tienen un soberano encanto iluminadas por la señora Febea (que este nombre poético tiene el pálido astro de la noche, a cuya plateada belleza se han compuesto tantas poesías y tantos ripios).

Ambos amigos fueron buscando las calles más angostas a espaldas de la Universidad y de la inolvidable iglesia de Santa María, y vieron correr por ellas la sangre de la ciudad, que eran las tunas estudiantiles, haciendo altares de sus devociones de amor las floridas rejas de las mozas complutenses, y escarnio de los alguaciles del corregidor, haciéndoles alguna fechoría de la que salían huidos y sin espadas.

Higiénico para los espíritus de ambos hidalgos era el paseo noctámbulo.

El más viejo se rejuvenecía recordando los pasos que sobre aquellas mismas dio en los años de su mocedad, un poco lejana. El joven sentía hervir todo el fuego de sus veintisiete años, y de buena gana hubiese buscado una reja en donde prenderse hasta el alba y una ronda donde descargar cintarazos hasta no dejar sano hueso de corchete.

No había calle libre de bureo.

Casi todas las ventanas tenían su pareja.

La placidez de la noche se metía en los sentidos y era sentir palpitar reciamente la vida en todos los poros del cuerpo.

El oído se afinaba, la vista era más penetrante, el entendimiento tan sutil, que malos años para aquellos siete sabios tan traídos y llevados en la historia griega.

De pronto, al volver una calleja detrás de la Magistral, se oyó ruido de gresca.

Una voz recia y ruda maldecía y juraba como un condenado; otra más clara y rumbona respondía entre burlas y veras, diciendo:

—Perdone, hermano, que yo le fío a los Santos niños que no es mía la culpa, pues como la vi en la ventana, rolliza, más compuesta para ensabanarse que para ofrecerse a ojos que no fuesen los vuestros, entendí que esta casa era posada de amor y la «señora» una de las pupilas.

Más de veinte carcajadas fundidas en una sola hubieron de llegar hasta el quinto cielo.

Con la respuesta y las risas se descompuso más la voz bronca y airada, y, soltando una blasfemia que se impuso a todo el jaleo callejero, echó mano a la faja y la blanca luz de la luna se quebró en una brillante hoja de acero.

En este preciso instante se oyó una voz en las alturas (que, aunque cayendo de arriba, no tenía nada de divina) que dijo:

—¡Agua va!

Y tras ella sonó en el suelo un verdadero torrente de agua sucia, que, pillando desde la cabeza a los pies al más airado de los contendientes, aumentó la porquería de la calle...

Tal fue la zambra y el hedor que se levantó, que nuestros amigos no quisieron seguir adelante y más como advirtieran desembocar por una calleja las linternas de una ronda.

Dieron por terminado el paseo, y se fueron a buscar la cena y tras la cena las blanduras de la cama.

IX

Don Román, que se había proporcionado tal invitado para tener pretexto de charlar de sus amistades y correrías matritenses, no dejó de traer a colación durante todo el espacio que duró la cena sus resabios de la corte.

Don Román no hacía más que mirar de través a la espléndida tía, a la apetitosa sobrina y aun a la moza, y casi siempre que las asaeteaba con los encendidos ojos, se topaba con los de ellas, que participaban de la misma curiosidad.

Se acabó el yantar y por hacer algo más de tiempo para acostarse, ya que la temperatura era tan agradable, se sentaron en un corredor alto, desde donde a favor de la clara luz del cielo se veía la vega casi como de día.

Todo era paz y sosiego por aquella parte en que la ciudad doctora se asoma a la campiña. De vez en vez, el ladrido de algún perro guardián rasgaba la quietud, y también llegaban los armónicos ecos de guitarras y coplas, que como ofrendas de amor y galanía quedaban en las floridas rejas de las buenas mozas complutenses.

La parleta continuaba, aunque bastante desmayada y con poco interés de los temas. Si la temperatura traería por cabo una de las mejores cosechas que se habían logrado desde hacía muchos años; si ya no estaban como antes la vida y las costumbres; si era cierto que la fundación del gran Cisneros daba pingües ganancias a la ciudad, no era menos indudable que el buen humor de los estudiantes traía intranquilas a las gentes, por cuanto no había moza en paz, padre ni marido sin riesgo de la honra, y ama de hospedajes sin más deudas que necesidades.

Sonó una hora en un reloj cercano; el que lleva esta historieta en las humildes puntas de su pluma no hace memoria del límite que aquellas lentas campanadas marcaron en la marcha de la noche; el caso fue que, mientras sonaba la postrera, se alzó don Román de su sillón de esparto y diciendo:

—Ya parece que *Fernandillo* llega con prisa y nos llama; vamos a buscarle para que no se enoje —dio por terminada la apacible tertulia.

X

Don Lucas se fue a su aposento llevando bien grabadas en el archivo de sus deseos a las tres buenas mozas.

Como su merced se preciaba de saber la condición del gitano, que es no hacer daño en donde mora, le pesaba la buena hospitalidad que don Román de la Vega le ofreciera, porque, de no ser así, ya él hubiese puesto sitio a alguna de aquellas formidables fortalezas o si mucho le apuraran a las tres a un tiempo.

Con tal pesadumbre se metió en la cama y después de entretenerse por un buen espacio leyendo unas poesías deshonestas, recogidas por su misma mano (que la imprenta no se atrevió a tanto por el entonces) de los regocijados ingenios de la Fonda de San Sebastián, apagó la luz y trató de dormirse, trayendo entre las mientes picantes rimas que leyera.

Comenzaba a entrar con muy buen garbo por las deleitosas veredas del sueño, cuando advirtió, con no poca sorpresa, que la puerta del cuarto se abría con gran cautela.

No las tuvo todas consigo y temió que fuera algún facineroso.

Creyéndose en sitio seguro, donde no había que recelar peligro alguno, no había tenido la previsión de poner las armas al alcance de la mano.

Pregunto:

—¿Quién va allá?

No le respondieron, pero, sin hacer el más pequeño ruido, se entreabrió un poco más la puerta, lo estrictamente preciso para que cupiese una persona, y cerrando con el mismo sigilo y maestría, de forma que nada pudiese advertir el oído más afinado, se deslizó en la estancia una especie de fantasma, que, poniéndole al espantado huésped una suave mano sobre los labios, le invitó a callar y se le metió en el lecho.

Como el hombre advirtió el delicioso contacto de una carne femenina, se guardó muy bien de pedir auxilio.

Para despachar a tan dulces enemigos se bastaba él solo.

Don Lucas, aunque con palabras que más eran suspiros hacía por indagar quién era la visita, ella no respondía, y atenta a su deseo de que tan gentil galán no durmiera solo, curaba de portarse como buena.

Tan bien parece que acabó por sentarle la sorpresa al favorecido huésped, que dejó el afán indagatorio para mejor ocasión, en que pudiera la clara luz del día alumbrar la sutileza de su buen ingenio, y como dijo Góngora, dejó que en aquel campo de plumas se riñeran muy buenas batallas de amor en lo que duró la noche...

Cuando despertó ya era día claro y con sol por medio mundo. Llamó al bellacuelo de su lacayo y le pidió de vestir. En tanto que le ponía las calzas y hacía diligencia de atacarle los calzones, le preguntó su amo qué tal había pasado la noche. Sin duda entendía el hombre que en aquel lugar era uso el pasar las horas destinadas al sueño tan placenteramente como a él se le había ofrecido.

El mozo respondió que ni mejor ni peor que en cualquiera otra parte, pues ya sabía que él era hombre que a todo se allanaba y, teniendo sueño, tanto se le daba dormir en el más mullido colchón de plumas bajo el techo de la alcoba más suntuosa, como en la dura tierra a campo raso.

—¿De suerte —volvió a decir su amo— que nada te ha turbado el dormir, ni has tenido pesadilla buena ni mala que te haya inquietado durante toda la noche?

—Como un santo he dormido, señor, sin que ni aun el calor me haya inquietado, porque la ventana de mi estancia da a la huerta y tiene por compadre ese riachuelo que cruza el pueblo —respondió *Sabañón*.

Y extrañándole algo la pregunta de su amo, que parecía estar preñada de algún interés, preguntó él a su vez:

—Pues por acaso, señor, ¿le ha ocurrido a su merced alguna novedad?

Don Lucas pensó que no le estaba bien levantar la caza sin dar un cuarto al pregonero y se inhibió de la respuesta con ambigüedades, que no dejaron satisfecha (ni a él se le daba mucho) la curiosidad del fámulo.

La curiosidad no dejaba vivir al gentilhombre.

En aquella casa no había más de tres mujeres y las tres tan bizarras como tres rosas.

¿Cuál de ellas le habría hecho la galante caridad de darle durante toda una noche el perfume de su belleza por donde el pecado hace su mejor camino?

Tomó el desayuno servido por su mismo lacayo, pues ninguna de las tres mujeres se hallaba en la casa.

Se celebraban aquella mañana en la iglesia parroquial unas solemnes exequias por uno de los ricachos del pueblo, muerto hacía poco, y todos los vecinos se hallaban haciendo el esfuerzo de su piedad para que aquel honrado paisano se le abrieran de par en par las codiciadas puertas del cielo.

Cuando ya el profundísimo cangilón de chocolate se hallaba en las postrimerías, llegó don Román de la Vega, y después de pretender enterarse de cómo su convidado había pasado la noche (y digo pretendió, porque justo es advertir que don Lucas no dijo la verdad), le propuso dar un paseo hasta una huerta que había a la entrada de la ciudad.

En ella estuvieron hasta poco antes de oírse tocar las *avemarías*.

Tan grato y consolador concierto campanil les sorprendió en el camino y así de como la primera campanada cayó en los vastos imperios del eco, se descubrieron los dos amigos y rezaron con mucho fervor la salutación del Ángel a María. Luego, como si el sabroso tufillo de la olla fuese odorífera fuerza que les tiraba de los pies, apretaron el paso, aunque, si va a decirse verdad, a nuestro don Lucas, más que las gustosas emanaciones culinarias, le impelía el hallarse con las tres buenas mozas, a ver si por el hilo de su cara podía sacar el ovillo tan bien desmadejado por la noche.

En lo poco que faltaba de camino hasta llegar a la casa se toparon los hidalgos con las yuntas que venían de la labor, y las mozas de cántaro, que, con el cortejo de sus mozos, tomaban de la fuente, llevando las orondas y repletas vasijas sobre las recias caderas.

Cada uno de los dos caballeros veía el símbolo de sus conveniencias en aquellas buenas gentes que hallaban al paso; el alcarreño, oyendo el rítmico tintineo de las colleras y el perezoso canturreo de los gañanes, añoraba el placer de la mesa; veía y gustaba como si los tuviese a la par de la boca la amarilla sopa de pan con tropezones de huevo y jamón, los dorados garbanzos bien acompañados del repollo esponjoso y rehogado, teniendo por señor de tan suculenta república el orondo relleno; y por cabo, como lucida cohorte, la pechuga de gallina, el chorizo ancho y recio, la jugosa carne de vaca y la reverenda morcilla, digna de ser cantada por el epicúreo Baltasar del Alcázar.

El aragonés, mirando el buen rejo de las nietas de Maritornes, traía a la memoria del tacto las apretadas carnes que tan buena noche le dieron y se deleitaba en compararlas al través de las sayas con aquellas otras que sobó desnudas y ardientes... Y con estos tan encontrados pleitos librados en la audiencia de sus meollos, dieron en la casa, que, por dar gusto a ambos, desde fuera trascendía a olla podrida y a carne de mujer...

XII

Don Lucas apenas si probó bocado.

Todo el tiempo que duró la comida se lo llevó escudriñando en los rostros de las tres buenas mozas a ver si lograba averiguar cuál de ella fue su caritativa compañera durante la noche; pero

ello era labor poco menos que imposible, porque las esfinges más herméticas no mostraron menos en sus rostros la impresión de sus espíritus.

La voz de cada una no podía ayudarle en nada para aclarar el delicioso misterio, porque la hermosa incógnita no desplegó los labios sino fue para cuajar en suspiros la miel del placer.

Las tres le trataban con la indiferente cortesía que hasta entonces habían empleado para agasajarle.

Si él pudiera encomendar al tacto el pleito de su incertidumbre...

Ni un gesto, ni una frase embozada de doble sentido que le pudiera orientar.

Doña Leonarda habló de no sé qué funciones rogativas que se iban a celebrar en el pueblo, en honra de San Isidro, para que abriera las cataratas del cielo, pues la sequía era tan pertinaz que de no llover en lo que faltaba de mes se perdería la cosecha.

—Campo que no se riega, aunque esté lozano y fértil, presto se mustia, resquebraja y deja de ser encanto y recreo de los ojos.

Por esta consideración, dicha como una sentencia apocalíptica, pensó el forastero si no sería esta el alma de aquellas deleitosas tinieblas; mas también a este tiempo comentó la linda sobrina de sus mercedes el saborcillo fuerte del chorizo, diciendo:

—Denme agua, que me quite este picor que me abrasa.

Y cuando hubo bebido, continuó:

La moza, con unos zorros de papel, atendía a espantar las moscas que molestaban a los comensales y se posabas sobre los platos de dulce y los canastillos de fruta...

Al caer la tarde, para caminar con la fresca, fue la partida.

Sabañón previno bien los repuestos para la jornada.

Don Lucas esperó que el momento de la despedida, en que siempre se dejan escapar las emociones por corto que sea el viaje y poco que se hayan tratado los que se separan, como hayan simpatizado le daría ocasión para despejar su bella incógnita.

Todos los de la casa salieron a despedirle hasta la puerta de la calle.

Aquel era el momento.

Don Lucas fue dando la mano a la señora Leonarda, a Inés y a la moza Eugenia. Todas al estrechar la suya lo hicieron casi con frialdad; a los ojos no asomó ningún barrunto de lágrimas, ni en los rostros se pintó una sombra de emoción.

Apretó los talones al caballo y, seguido de su fiel *Sabañón*, salió del pueblo pensando y diciendo a media voz:

—¿Cuál de las tres?